

¿Volvería Soledad?

Don Félix se estremeció temiendo no volver a tener noticia de ella, y se sentó abrumado con esta idea, sobre el duro jergón de su lecho.

## CAPITULO XII

### Otra vez el Santuario

Volvamos a la Villa de Guadalupe.

Hemos dicho que, al tropezar Núñez con la mujer que caminaba de rodillas al templo, exhaló ésta una exclamación que fué recogida por otra mujer, mientras el afanado joven, sin fijar la atención en ella, y seguido de Julián se dirigía a la casa en que estaban reunidos los conjurados.

La que marchaba de la manera penosa que dejamos dicho, penetró en la iglesia y se acercó hasta el altar mayor, donde, después de besar el suelo, se quedó de rodillas rezando fervorosamente a la Virgen.

La que había recogido su exclamación penetró detrás de ella, y se quedó a distancia regular, observándola y queriéndola reconocer.

Pero la devota mujer estaba tan cubierta con su rebozo, que era imposible descubrir ninguna de sus facciones.

La que observaba se puso también a orar, descuidándose de vez en cuando de fijar los ojos en la tapada.

En uno de estos momentos, la encubierta, al arreglarse el rebozo, descubrió por un instante su faz.

Si la curiosa mujer no hubiese estado descuidada en aquel instante, hubiera podido ver una fisonomía dulce, purísima y angelical, bañada por brillantes lágrimas que rodaban de unos ojos claros y apacibles como el limpio cielo de México.

Aunque no iba cubierta con el pañolón bordado, llamado «tápalo» en el país, que llevan las señoras, sino con el humilde rebozo que usa la clase menos acomodada, sin embargo, sus maneras distinguidas, su blanca, pequeña y torneada mano, que asomaba de vez en cuando al arreglarse el rebozo; el vestido largo, aunque de poco valor, que envolvía las gallardas formas de su esbelto cuerpo, en vez de las cortas enaguas que lleva la gente del bajo pueblo, todo esto, agregado a que tenía su pequeño pie cubierto de limpias medias, que no acostumbran llevar las mujeres de la ínfima clase de México, denunciaban a una

persona de la buena sociedad reducida por la suerte al humilde estado en que se encontraba.

La mujer que observaba, y que sin duda estaba impaciente por saber si la tapada era la misma que ella se había figurado, no pudiendo resistir por más tiempo su curiosidad, se quitó de donde estaba, se acercó a la afligida hermosa, se puso de rodillas junto a ella, y acercando los labios cuanto le fué posible al oído de la que llena de fervor oraba, pronunció en voz baja, pero penetrante, un nombre.

La tapada se estremeció y miró sorprendida a la que le hablaba.

Ambas se reconocieron entonces y dejaron escapar una exclamación de sorpresa.

La curiosa mujer le hizo entonces en voz baja algunas preguntas a que se vió obligada a contestar su interpelada.

Admirada y sorprendida, a juzgar por los aspavientos que hacía, debía estar la que alcanzaba las respuestas.

Satisfecha su curiosidad e informada de cuanto deseaba saber, se despidió con mil demostraciones de cariño, se signó y se santiguó, hizo una respetuosa inclinación ante el altar y salió del templo pronunciando estas palabras:

—¡Bien me lo presumía yo! ¡Ah! Corramos a ver a mi amiga, que me estará esperando para marchar. No se va a sorprender poco cuando le refiera este encuentro.

Pero mientras ella se dirige en busca de su amiga, ocupémonos del intrépido Núñez, a quien dejamos entrando en la casa donde estaban reunidos los conjurados.

Al penetrar en el zaguán vió, en efecto, fuera de la puerta, como le había dicho el agente del doctor, varios hombres sospechosos que le miraban con atención, aunque con disimulo.

No se arredró por esto: conoció el inminente peligro en que se ponía; pero no quiso abandonar a sus compañeros.

Resuelto a correr la misma suerte que ellos, subió de dos en dos los escalones, y penetró en una espaciosa sala llena de correligionarios.

—Aquí está, por fin — dijeron varias voces con satisfacción al verlo entrar.

Un murmullo de contento y de satisfacción, de alegría y de confianza, se escuchó en todos los ángulos.

Núñez, agitado, pálido, sin saludar a nadie y sin pronunciar palabra, se dirigió a una mesa en que al lado de una Biblia abierta, un tintero de plata y una vela encen-

dida, estaba un papel con los nombres y firmas de los descontentos; cogió prontamente el último, y, sin detenerse lo aplicó a la llama de la vela, reduciéndolo a cenizas.

Un grito de sorpresa salió de todos los concurrentes por aquel acto inesperado y extraño.

Núñez, sin detenerse por nada, se sentó en el mismo instante junto a la mesa, tomó otro pliego de papel que sobre ella había, y se puso a escribir con una rapidez asombrosa.

Los conjurados se miraban unos a otros sin comprender nada.

No bien hubo acabado de escribir, se levantó diciendo:

—Señores: a firmar todos ese papel.

—Pero...

—Es preciso, si queremos salvarnos —dijo Núñez, interrumpiendo al que se disponía a hacerles algunas observaciones—. Nos han delatado; la casa está cercada de agentes de policía, y dentro de poco se apoderarán de nosotros.

Un terror profundo se apoderó de todos al escuchar estas palabras.

—No perdamos, pues, un instante —continuó Núñez—; vea el gobierno que nos hemos reunido, pero no para derribarlo, sino para salvar la patria, amenazada por los norteamericanos. Paremos ahora el golpe, que después nos tocará tirarle a fondo.

Las palabras de Núñez tenían gran autoridad para la concurrencia, que conocía su valor, su honradez y sus sanas ideas.

No dudando, pues, del peligro que los amenazaba, y apremiados por el miedo, que es el que violenta las determinaciones, se agolparon a la mesa, procurando cada cual ser el primero en firmar el papel, sin haberse ocupado siquiera de leer su contenido.

Los que no titubearon ni un sólo instante fueron Leopoldo y Rafael, que, no dudando un instante de las palabras de su leal amigo, dieron el ejemplo firmando antes que ningún otro lo que acababa de escribir.

Faltaban ya muy pocos de poner su nombre, cuando se asomaron algunas cabezas detrás de la cortina que velaba la puerta de entrada.

Era un joven oficial con algunos soldados que iba a entrar, pero que se detuvo al ver que aun continuaba firmando.

Un silencio sepulcral, el silencio del terror reinaba en la sala desde que Núñez anunció el peligro.

Ni una voz, ni una pregunta se cruzaba entre los conjurados, y sólo se oía el ruido de la pluma al correr sobre el papel.

El oficial continuaba observando detrás de la cortina.

Núñez notó la llegada de los servidores del gobierno, pero a nadie le advirtió el peligro de ella.

El oficial, con la fuerza armada, esperó otro momento; y cuando vió que nadie faltaba por firmar, se presentó con su gente.

Los conjurados, no obstante el aviso de Núñez, hicieron un movimiento de sorpresa, pues siempre infunde terror la fuerza armada aun cuando uno sea inocente; pero mucho más cuando uno ha conspirado y se ignora lo que contiene el documento donde está su firma.

—Quietos, señores —dijo el joven oficial, haciendo que sus soldados guardasen las salidas—. Se me ha dado la enojosa comisión de informarme del motivo que origina esta reunión, y me veo en la dura necesidad de obsequiar el deseo del gobierno.

Núñez se adelantó al oficial con aire franco, y le dijo:

—Don Juan: nosotros tenemos verdadera satisfacción en recibir a usted en este sitio, y nos complacemos en que el gobierno llegue a saber por medio de tan leal conducto, el motivo que nos ha reunido en este sitio.

El oficial que, al entrar no había visto a Núñez, le estrechó la mano afectuosamente, diciéndole:

—Ignoraba que se hallase usted en esta reunión, que está acusada de conspirar contra el gobierno, y siento doblemente haber sido comisionado por mis jefes para tan enfadosa misión, puesto que me veo precisado a molestar a uno de mis buenos amigos.

—Gracias, don Juan; pero ni yo, ni estos caballeros aquí reunidos, leales defensores de la patria, que nos hemos alistado voluntariamente en la guardia nacional desde el instante que los norteamericanos han hollado nuestro suelo, tenemos que se examinen nuestros actos por los gobernantes; aquí no hay más que abogados, médicos, literatos, artistas y comerciantes honrados, que han tomado las armas en defensa de la independencia amenazada y cuya reunión en este sitio ha sido mal interpretada.

Los conspiradores se miraron unos a otros, sorprendidos de la serenidad de Núñez, y sin comprender lo que decía.

El oficial, que era, como habrá conocido el lector, el mismo joven que, interesado por Núñez en la noche del

concierto, le dió una pistola para que se defendiese de Willey, manifestó grata satisfacción de aquellas palabras, y dijo:

—Mucho me alegraré que el gobierno quede convencido de la justicia de ustedes.

—Y quedará.

—¿Tendría usted la bondad de entregarme el acta que vi firmaban ustedes en el momento en que entraba?

—Con mucho gusto; aquí la tiene usted—dijo Núñez, poniendo en mano de don Juan el pliego que estaba sobre la mesa.

Los conjurados que habían firmado el papel, sin tener lugar para leerlo, palidieron.

El joven oficial tomó el papel, lo leyó para sí, se retrató en su semblante la sorpresa, vió las firmas, estrechó la mano de Núñez con marcadas muestras de alegría y guardando el papel en el bolsillo, exclamó:

—Parto a poner inmediatamente en poder del gobierno este documento; adiós, amigo mío; adiós, señores; ustedes me disimularán que me haya visto obligado a interrumpirlos; pero pueden ustedes marcharse cuando gusten, pues nadie les impedirá el paso.

Y don Juan, haciendo una inclinación de cabeza, se salió seguido de sus soldados.

Los conjurados, al verse libres del peligro, se acercaron a Núñez para darles las gracias por haber conjurado la tempestad.

El sereno joven, por toda contestación, se llevó el dedo índice a los labios, indicándoles que guardasen silencio.

A esta demostración nadie se atrevió a pronunciar palabra, miraron recelosos hacia todas partes, y temerosos de que los soldados volviesen, empezaron a salir en grupos de cuatro y cinco, de la casa.

¿Qué contenía el papel que habían firmado?

Más adelante acaso lo sabremos.

Núñez, contento de haber prestado aquel servicio a sus correligionarios, salió del edificio en compañía de Leopoldo y de Rafael, refiriéndoles la manera con que había sabido que iban a ser reducidos a prisión.

Los tres jóvenes vieron en aquel aviso un favor de la Providencia, y alegres de verse dueños de su libertad, se dirigieron hacia el templo para dar gracias al cielo por la singular protección que les había dispensado.

Al pasar por en frente a la esquina de la plaza, dos

mujeres que estaban tomando horchata en uno de los puestos ambulantes, se quedaron mirándolos.

—¡Ay! ¡Qué desconocido está don Leopoldo, mi alma—exclamó una de ellas.

—Pues qué, ¿le parece a usted poco, doña Crucecita, la larga enfermedad de amores que está pasando?

—¿Qué me dice usted, doña Anita? ¿Aun duran sus relaciones con Clotilde?

—¡Vaya, mi alma! Pues si ahora es precisamente cuando está la cosa más viva y animada. Pero se me había olvidado decirle a usted un encuentro que he tenido.

—¿Un encuentro?

—Sí; ¿y a quién piensa usted que he visto hace un instante?

—¿A quién, doña Anita?

—Vamos, adivine usted.

—Imposible; conoce usted a tantos.

—Es verdad—dijo doña Anita, halagado su amor propio por aquellas palabras y despertada su vanidad—; mis relaciones son muchas y de lo principal; ya usted debe figurarse..., como que soy toda una señora..., la viuda de...

—Sí; la viuda de una brigada nada menos.

—¡Ay! —dijo suspirando ridículamente doña Anita—. ¡Qué tiempos aquéllos!

—Pero vamos a ver, ¿a quién vió usted?

—A nuestra antigua vecinita Soledad.

—¿Cómo!

—Me la encontré enfrente del atrio, que marchaba de rodillas hacia el templo, sin duda para cumplir alguna promesa.

—¿Y le habló usted?

—¡Vaya, mi alma! Pues bonita soy yo para quedarme sin saber lo que pasa.

—¿Y qué le contó a usted?

—Toda la historia que ya sabemos: la muerte de Flan, la prisión de don Félix y cómo la dejaron a ella sin recursos y en la calle.

—¿Y marchaba bien vestida?

—¡Bien vestida! ¿Pues no ve usted, mi alma, que ya se acabó la ganga del almacén, aquella inagotable mina de donde su nombrado primito se habilitaba? No llevaba más que un rebozo ordinario y un vestido negro de indiana de dos reales.

—¡Pobre Soledad!

—Ahora verá la diferencia que hay de encontrar quién

le dé a uno todo lo necesario, a tener que trabajar para conseguirlo. Esto no quiere decir que yo me complazca en sus penas; no, mi alma, porque, al fin, soy una señora; sino que...

—Lo entiendo así, doña Anita.

—Y nada menos que una señora de nuestros tiempos, que ya sabe usted, mi alma, que no lo era cualquiera.

—¡Oh, por supuesto! ¿Y no le dijo a usted dónde vivía?

—¡Vaya!; lo primerito que le pregunté fué eso.

—¿Y en dónde dijo que vivía?

—En el callejón de Recabados, en una casa de adobes que no tiene número.

—¿Y por dónde queda eso, doña Anita?

—Por detrás de la plazuela de la Santa Veracruz: va usted por la calle de San Juan de Dios, tuerce usted a la izquierda por el callejón del Pinto, se encuentra usted con la plazuela de Juan Carbonero, da vuelta a la izquierda, y ya está usted en el callejón de Recabados.

—¡Imposible que yo acertase a ir!

—Le daré a usted otras señas. ¿Sabe usted la calle de la Canoa?

—Sí.

—Pues sigue usted en línea recta la calle de la Estampa de San Andrés, continúa usted la de los Gallos, pasa usted el cuartel de este nombre, tuerce usted a la derecha entrando en el callejón del Pinto, y no bien llega usted a una gran plazuela, toma usted a la izquierda, y ya está usted en el callejón susodicho.

—¡Jesús, en un barrio tan retirado vive! ¿Y cómo se mantiene?

—Hasta hace pocos días, con lo que le daban en el empeño por sus vestidos; pero cuando se acabó ese recurso, acudió a los hermanos de San Vicente Paúl, quienes la favorecen, enviándole lo más preciso para vivir.

—¡Pobrecita! ¿Quién me había de decir a mí, doña Crucécita, cuando vivía mi difunto Mamerto, que llegaría a servir de portera..., yo, toda una generala de brigada? Pero ya sabe usted, mi alma, que la subida más alta, la caída más lastimosa.

—¡Cuán cierto es eso, doña Anita! Y qué, ¿estará en la iglesia todavía?

—Seguramente.

—Ha despertado usted mi curiosidad, y no quisiera irme sin verla.

—Vea usted qué casualidad; allí viene precisamente.

—¿Dónde?

—Como a veinte pasos del atrio.

—Es verdad; ya la veo. ¿No quiere usted que marchemos hacia ella, para que crea que casualmente nos encontramos y así poderla hablar?

—Me parece muy bien.

Y ambas ancianas, movidas del deseo de saber cuitas ajenas, se dirigieron hacia el rumbo que Soledad traía.

Un hombre que al cruzar el atrio fijó la atención en ella, la seguía.

La joven caminaba a prisa, y cubierta siempre con su rebozo, sin ver nada de lo que a su lado pasaba.

El hombre continuaba observándola, y marchando a pocos pasos de ella.

Al llegar junto a doña Anita y Cruz, éstas se detuvieron interceptándole el paso; pero la joven, sin fijar la atención en ellas, y viendo que le impedían pasar, trató de continuar su camino haciéndose a un lado.

—Muy preocupada va usted, Soledad—dijo doña Anita, dirigiéndole la palabra.

La joven levantó la cabeza al reconocer la voz, y contestó:

—Usted disimule; no la había visto a usted.

El hombre que la seguía, al verla entrar en conversación, se detuvo a regular distancia.

—Aquí tiene usted—advirtió la en un tiempo merca-chifle— a otra de sus antiguas vecinas, a mi amiga Crucécita, que aprecia a usted mucho.

—Mil gracias.

El que esperaba hizo un gesto de impaciencia.

—¿Y a dónde va usted tan de prisa?—preguntó la nueva casera.

—Me vuelvo a México antes de que sea más tarde.

—Iremos juntas y charlando, si a usted le parece—dijo doña Anita—. Por fortuna, hay carruajes a todas horas.

—Es que yo no puedo ir en coche.

—Si es porque no tiene usted dinero, nosotras le pagaremos el asiento.

—Mil gracias. Pero no es por falta de dinero.

—Pues ¿por qué?

—Porque hice la promesa de volver a pie.

—Siendo así, no replico; pero no nos prive usted del gusto de acompañarla hasta el sitio en que están los coches.

—El gusto será para mí—contestó Soledad.

Y echó a andar en medio de las dos curiosas ancianas que la abrumaban a preguntas.

—¡Es ella! ¡No me cabe duda! —pronunció para sí el hombre que la había ido siguiendo—. Sí; la han llamado Soledad; pero no puede ser otra que Adela.

Y volvió a marchar a regular distancia de las tres, sin apartar los ojos de la joven.

Al llegar al sitio en que estaban los coches, las ancianas se despidieron de Soledad y entraron en un carruaje que estaba próximo a salir.

La desdichada hermosa continuó su camino hacia la calzada.

El hombre que la había ido siguiendo apresuró el paso, y poco antes de que pusiera el pie fuera de la puerta de la Villa, le salió al encuentro, diciendo:

—¿Tengo la dicha de hablar con la señorita Adela?

La joven alzó sorprendida la cabeza al verse llamada por su verdadero nombre, y exclamó al fijar los ojos en el que le dirigía la palabra:

—Ignoro quién es usted, caballero, para que satisfaga esa pregunta.

—Mi nombre es Willey.

—¡Willey! No recuerdo, caballero, haberlo oído otra vez.

—Puede ser muy bien —dijo el doctor, que ya había inventado una historia para despertar la curiosidad de la joven y atraer sus simpatías—. Pero aunque usted no me conoce, en efecto, yo tuve algunas veces la dicha de verla a usted en varias partes, antes de que tuviese usted la desgracia de verse arrancada del lado de sus amados padres y de su fiel amante.

—¡Cómo! ¿Sabe usted...?

—Todo; porque la historia la oí de los labios de su amado padre de usted, que me llamó para asistir a su esposa en un terrible ataque nervioso que sufrió al saber el rapto de usted.

—¡Ah! ¿Conoció usted a mis padres?—exclamó con ansiedad la joven.

—Mucho.

—¿Y qué ha sido de ellos? ¿Dónde están?—preguntó Soledad, anhelando una pronta contestación, contenta de encontrarse con un hombre que le hablase de su familia, bien ajena de pensar que este hombre era el mismo que dispuso su rapto.

—Hace mucho tiempo que no tengo el gusto de verlos

—respondió con fingido sentimiento el doctor—; pero tengo que comunicarle a usted importantes noticias de ellos.

—¿De veras?

—Los infelices estaban tan afligidos desde la ausencia de usted, que no tenían más consuelo que el de hablarme de usted a todas horas.

El llanto asomó a los ojos de la hermosa joven.

Era la primera vez que escuchaba hablar de ellos; ¡y es tan dulce para un hijo ausente que gime en la miseria y abandonado del mundo oír hablar de los seres que le dieron la vida..., que lo cuidaron en la niñez...!

Mas aquel placer iba mezclado con un pensamiento amargo que se atrevió a formular en estas palabras:

—¡Pero sin duda me creerán culpable y me maldecirán!

—No; jamás le hicieron esa ofensa a la hija cuya virtud ensalzaban a todas horas.

—¡Gracias, Dios mío!

—Pero yo la estoy quitando a usted el tiempo y deteniéndola en un sitio público donde no podemos hablar tranquilamente de un asunto de tanto interés para usted. Si tiene usted a bien decirme dónde vive, tendré el gusto de pasar a verla mañana mismo.

—Mi casa es muy pobre, señor Willey.

—¿Y qué me importa la casa, si dentro encierra un tesoro de hermosura y de virtud? Yo no aprecio la caja de diamante, sino el diamante mismo.

—Mil gracias.

—Fuí un verdadero admirador de usted, aunque no tenía el gusto de tratarla, cuando estuvo en la opulencia; si la situación de usted ha cambiado, no su mérito ni mi inextinguible aprecio.

—¡Ah! ¡Cómo me inundan de placer esas palabras!—exclamó la hermosa joven, engañada por el acento y ademán hipócritas de su interlocutor.

—¿A qué hora será prudente que vaya a visitarla a usted?

—A la que usted guste.

—¿Y dónde es?

—En el callejón de Recabados, en una casita de adobes y sin número, en el primer cuarto de la derecha.

—Pues allí estaré a las tres de la tarde.

—Está muy bien.

—Adiós, Adelita.

—Adiós, señor Willey.

Y la joven siguió su camino satisfecha de aquel encuentro, que juzgaba providencial.

La idea de que iba a saber pormenores interesantes de sus queridos padres, ocupaba su imaginación recreándola dulcemente.

El doctor, a su vez, se daba el parabién de aquel inesperado encuentro.

En su pecho volvió a encenderse la impura pasión que le impelió a arrebatársela del lado de sus padres.

Pensó que, abandonada, sola y sin recursos, no podría resistir al plan de seducción que formó en su mente.

Contento con este pensamiento y recreándose con la idea de un próximo triunfo, marchaba, cuando se encontró con Duval, que venía a su encuentro, demostrando en su rostro el enojo y la desesperación.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó el doctor al verlo de aquella manera.

—Que todo se ha frustrado.

—¿Cómo!

—El oficial que condujo a los soldados se ha marchado como un niño; se ha dejado engañar por un acta falsa, y Leopoldo, Núñez y demás conjurados están libres.

—Pero ¿de qué medios se han valido?

—¡Estoy desesperado! Entremos en el coche, y en el camino le contaré a usted lo que ha pasado.

Los dos malvados se dirigieron a donde el carruaje los esperaba, subieron a él, y poco después caminaban hacia la capital.

En el mismo instante en que ellos partían, salía también el coche en que marchaban doña Anita y Cruz.

Soledad los vió pasar; los saludó tristemente, y continuó su camino a pie, en medio de una espesa nube de polvo que levantaban los carruajes, los caballos y el inmenso gentío que volvía de la fiesta.

### CAPITULO XIII

#### Constancia en el mal

—Vamos perdiendo terreno, doctor—decía Duval, paseándose a largos pasos por su cuarto.

—Demasiado lo veo—contestó Willey, que permanecía sentado y con la frente apoyada en la mano izquierda.

—Ese Núñez, ése, en un tiempo miserable mendigo, a quien Dios confunda, va adquiriendo una influencia pode-

rosa en el corazón de don Emilio, mientras yo voy perdiendo la que ejercí hasta la aparición de ese maldito cuaderno.

—Por fortuna que hasta ahora hemos conseguido hacerle sospechar que cuanto se dice en ese cuaderno puede ser una invención de los amigos de Leopoldo, para que éste alcance la mano de Clotilde.

—Sí; pero en el instante que se convenza de su autenticidad, lo cual será muy pronto si no logramos que las visitas de Núñez a don Emilio sean menos frecuentes, mi desgracia es segura, porque Clotilde será la esposa de Leopoldo.

—¿Y cómo se evita lo primero?

—Insistiendo usted, como ya le he dicho, en que Clotilde no puede sanar si no se la lleva a Texcoco a cambiar de aires.

—No hay día que no manifieste a don Emilio la necesidad de esta medida.

—Así, Núñez, que es hombre ocupado, no podrá abandonar la ciudad, y yo, que no me separaré del señor Landeta, volveré a ganar en su corazón la influencia que he perdido.

—Volveré, pues, a insistir; y, si es preciso, manifestaré que estoy dispuesto a abandonar la curación para que llamen a otro médico, puesto que no se cree conveniente lo que yo ordeno.

—Eso; entonces, don Emilio, que tiene a usted por un gran médico, no permitirá que usted se retire, y hará de modo que Clotilde salga de esta ciudad.

—¿Y si Núñez tiene el capricho de pasar esa temporada en Texcoco?

—Imposible; es hombre ocupado, y, además, no puede abandonar a Leopoldo, a quien, por fortuna no se le da permiso de visitar a Clotilde, hasta no saber que es cierto cuanto el cuaderno contiene.

—Pues a pesar de sus ocupaciones, ese Núñez es el diablo, y es capaz de estar a un mismo tiempo en México, acompañando a su amigo, y en Texcoco, persuadiendo a don Emilio.

—No lo crea usted.

—Yo todo lo creo de él. Y si no, ¿podíamos pensar jamás, que, cuando la fuerza armada caía sobre él y sobre los conspiradores en la Villa de Guadalupe, lograrse del gobierno, en vez del fusilamiento o destierro que merecían,